

Esquirol, Josep Maria. *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita*, Acantilado, Barcelona, 2021, 173 pp.

En *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita*, Josep Maria Esquirol Calaf da continuación al desarrollo de su antropología filosófica, proyecto intelectual iniciado con *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad* (2015) y continuado en *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana* (2018), ambos editados también por el sello catalán Acantilado. Esquirol no cesa en su esfuerzo por acompañarnos a la cita con el oficio vital de pensar, esto es, a reencontrarnos con nosotros mismos. Y a ello nos impulsa buscando responder preguntas que suponen ya un programa tan intempestivo como crucial para una era de resignado nihilismo aceleratorio que se propone superar (y evadir) lo humano y encomendarnos a *más allá* insospechados hasta por el martillo filosófico de Friedrich Nietzsche, aun al costo de aniquilar el sentido y materialidad de toda *humanitas*: ¿cómo puede el humano ser *más humano*? ¿cómo puede este admirar su profunda debilidad cara a cara y guardar de sus heridas sin desistir? El autor acude a la llamada de tan urgentes interrogantes en un gesto que no busca deslumbrar ni restaurar el mito moderno de la identidad sino repetir el despertar cuidadoso de la vocación ética de la filosofía. Así, a un mismo tiempo, vela por y hace lugar a la rememoración radical de la responsabilidad de hacer del mundo un hogar, del cielo azul un cobijo.

La pesquisa del profesor Esquirol en este libro, que alcanza su tercera reimpresión, se coloca así en la calle principal de todo humanismo que se precie de tal: aquella que conduce a la intensificación de lo humano en el hombre, de su descubrimiento individual y forja colectiva, en el pleno de la pluralidad de la existencia, del “ayuntamiento horizontal” (p. 18). Prestando oídos a la polifonía atesorada en la tradición filosófica y poética occidental, con una pluma clara, precisa, y en todo momento atenta a la palabra que surca su escritura, así como a sus resonancias éticas y etimológicas, con sensibilidad fenomenológica y tacto hermenéutico, el ensayo de Esquirol se abre con una meditación en la que despliega, a partir de la figura del canto como esencia de la palabra, la constelación de conceptos que, en sus articulaciones y junturas, urden sus reflexiones a lo largo del volumen.

En el primer capítulo, prescindiendo de los ornamentos retóricos de la filatería de la innovación, se coloca el basamento conceptual que apuntala el texto: “*alguien*, que es el pronombre del humano; *intemperie*, que indica la situación fundamental; *repliegue del sentir* y *herida infinita*, que expresan la esencia de

la vida; *curvatura poética*, que perfila el sentido de la acción; y *reencuentro*, que indica el horizonte de toda espera” (pp. 12-13). La premisa carece de toda ambigüedad: el camino del pensar que traza el autor buscará clarificar y distinguir para luego reunir “cielo y tierra, día y noche, liviandad y gravedad, acción y esperanza” (p. 14).

Los capítulos que siguen se sitúan y recorren las sendas que abren tres preguntas ulteriores: “¿Cómo te llamas?”, “¿De dónde vienes?” y “¿Qué te pasa?”. En diálogo constante con autores como Tomás de Aquino, Jean-Paul Sartre, Martin Heidegger, Gershom Scholem, Emmanuel Lévinas, Hannah Arendt, Emil Cioran, Jacques Derrida o Giorgio Agamben, en los primeros dos capítulos será la sencillez del nombre propio la que, en su ida y vuelta hacia y desde el rostro humano, nos provee el indicio de *un* imborrable inicio absoluto de la singularidad individual y de la compañía comunitaria, que se manifiesta en la capacidad de responder al llamado de un otro de carne y hueso, en el nacimiento perpetuo de la responsabilidad. De este modo, la valoración del autor de la contingencia y facticidad de la natalidad, el exceso sobrecogedor que expone la existencia, desafiarán al absurdo de la vida y al destino mortal del *Dasein* como categorías a partir de las cuales pensar lo humano.

El cuarto capítulo del libro, por su parte, recupera este *alguien* que es el ser humano, pero buscando ahora comprender el núcleo y sentido de su poder, frente a y allende sus capacidades técnicas y de dominio. Como es presumible, el nombre y pensamiento de Arendt vuelven a ser invocados, junto a Paul Ricoeur, Aristóteles y Simone Weil. En tal modo, se profundizan algunas de las indagaciones previas y se prepara el terreno para la meditación sobre las involuables y desbordantes heridas infinitas que reclaman nuestro cuidado y que se desarrollan en mayor detalle en el siguiente capítulo. Para ello, el autor dará especial atención, en primer lugar, a dos tópicos arendtianos que revisita. El primero de ellos, la promesa que somos para nosotros mismos como otros próximos y que, en cuanto figura de la respuesta iniciadora y hacedora de mundo, conmueve el acidioso horizonte de un futuro falaz, tocando las sensibles y vulnerables capacidades del alma, así como la sutil frontera de nuestra piel. Junto a la promesa, encontraremos también las reflexiones del autor sobre el perdón en cuanto otra de las formas preminentes de respuesta a lo que “*profundamente me pasa*” y “*nos rebasa*” (p. 55).

El quinto capítulo constituye el centro gravitacional de esta obra. El *repliegue del sentir del yo herido* nos abre las puertas de la honda curva de la sensibilidad, del movimiento reflexivo ínsito en todo *sentirse* y creación de sentido. La *areté* esquiroleana sale a nuestro encuentro: “La excelencia del ser humano consiste en haber llegado al alféizar de la ventana -de la ventana metafísica- por encima del cual se produce la *herida infinita*” (p. 62) que, en su cuádruple raíz, hace vibrar el alma humana. Intersecadas e insuturables, estas experiencias fundamentales, “la herida de la *vida*, la de la *muerte*, la del *tú*, y la del *mundo*” (p. 64) convergen diacrónicamente, henden la frágil superficie perceptiva de aquel ente que aprende a vivir mientras asume con retraso el tacto profundo de su incisión en su “inacabable vocación de responder” (p. 69). “A la herida de la vida cabe llamarla *gusto*; a la del *tú*, *amor*; a la de la muerte, *angustia*; a la del mundo, *asombro*” (p. 65). Cada uno de estas hendiduras “genera lo humano” y “pide cultivo (cura y cultura)”, es decir, “cuidado del alma” (p. 68).

En el sexto capítulo, acompañado por el canto de Antonio Machado y Miguel Hernández -como en otras secciones de este libro-, Esquirol presenta un par conceptual que condensa sus consideraciones previas: *gravidad* y *curvatura poética*. Con *gravidad* se refiere a la hondura fecunda en que se cimienta la acción humana, que no se localiza en las profundidades telúricas ni en el dominio ultrauránico, “ni abismo ni paraíso, mas intemperie y *gravidad*” nos dice el autor (p. 84), sino en el artejo entre cielo y tierra; mientras que la *curvatura poética* es “el *hacer de verdad*” (p. 87) sin atajos, la “acción cuidadosa que acompaña las heridas infinitas, que crea mundo y que intensifica la vida desde la *gravidad*” (p. 88) y que, en su cercanía, redonda y se desenvuelve en tres dimensiones de la cura “parcialmente superpuestas: *poiética de la vida*, *poiética del mundo* y *poiética del sentido*, con sus tres horizontes respectivos: *más mundo*, *más vida* y *más sentido*” (p. 90).

El séptimo capítulo recupera la potencia profunda del *lógos*, como palabra, juntura y verbo inicial, a partir del binomio conformador del canto y el silencio. El esfuerzo de Esquirol estará aquí en destacar cómo el nombre propio y del otro, el nombre dado y el recibido, la responsabilidad del llamado y la vocación de la respuesta, así como el eufemismo y la utopía, cantan el mundo en toda su extensión: material y simbólica, literal y metafórica.

Francisco de Asís, Tomás de Celano, Michel Foucault, Peter Sloterdijk, el Sócrates platónico, Juan Clímaco e Ítalo Calvino serán, entre otros, los principales autores con los que Esquirol debatirá en el octavo capítulo. Dedicado a la dulzura como rasgo de la excelencia en la *poiesis*, el apartado en cuestión es una oda a la importancia de la sensibilidad como antídoto frente a los modos de la *hybris*: el egoísmo, la indiferencia, la autoexclusión y la soberbia. Disposiciones anímicas que, desde siempre, afectan por igual a filósofos como a no-filósofos, y que en la hora actual no dejan de hallar fieles y toscos paladines.

El noveno capítulo del libro es una potente meditación sobre la sínfisis entre dos elementos nodales de la naturaleza que experimentamos plenamente en sus rodeos simbólicos: cielo y tierra. Regresará aquí el autor, con sencillez magistral, sobre algunos tópicos aludidos en el capítulo anterior: la memoria y la imaginación. Ambos se perfilan como formas de resistencia y esperanza, lo cual nos lleva al siguiente paso de esta obra, dedicado al día y la noche, para luego recalar en “Esperanza sin lujo”, donde el concepto ético-político de *reencuentro* alcanzará especial centralidad, antes del epílogo “Líneas telegráficas”. Entre consideraciones sobre las filosofías de Ernst Bloch y Walter Benjamin, la anhelante espera de un otro reencuentro siempre pendiente con un tú, y no de un eterno retorno de lo mismo, abre para el lector la prisión impuesta (y autoimpuesta) del infernal solipsismo y del nihilismo conformista del *todo está bien* hodierno.

“La esperanza es mantener lo increíble que somos. Y seguir construyendo un puente de lo increíble a lo increíble” (p. 166). Así se cierra el penúltimo capítulo y, al mismo tiempo, se abre el *interim* al que nos invita Esquirol con su pregón filosófico, un canto a la responsabilidad que rescata al humanismo de la imagen caricaturesca que han hecho de él tanto sus detractores epigonales como sus defensores más banales. Un ensayo imprescindible para orientarse en el pensamiento y redescubrir la filosofía.

Dr. Facundo Norberto Bey  
 Instituto de Filosofía “Ezequiel de Olaso” - Centro de Investigaciones Filosóficas (INEO-CIF) - CONICET (Argentina)  
 E-mail: [facundo.bey@gmail.com](mailto:facundo.bey@gmail.com)  
 ORCID: 0000-0002-9449-0463